

LA CRÓNICA

El movimiento nacional

ARCADI ESPADA

Andorra cerró ayer la puerta: no cabía más gente. El aeropuerto de El Prat, entre el viernes y el sábado, batió su marca de despegues. Las avenidas de la nieve están abarrotadas, intransitables. Los automóviles han huido como nunca de Barcelona en estos últimos días. ¿Y en la ciudad? ¡Ah!, la ciudad ya no la resume aquella vieja fotografía en sepia de otras épocas que mostraba la calle de Aragón, la Diagonal o la Gran Via como una inerte pista de asfalto de la que el vagabundo o el melancólico se hubieran apoderado. Miles de personas abarrotaban la Villa Olímpica el domingo por la mañana, en bicicleta, en patines, caminando, aliados sólidamente con el sol, con el claro tiempo del otoño. Por la tarde, cientos de miles participaban como protagonistas o figurantes del gran espectáculo del consumo —el ocio es consumo— en el viejo cenit de El Corte Inglés o en el nuevo emporio de L'illa. Gente, gente por todas partes moviéndose, en los aeropuertos, en las autopistas, en la propia ciudad hirviente. La mayor o menor capacidad de movimiento es ya uno de los pocos indicadores fiables de la suerte genérica que uno haya logrado en la vida. Ahí se resume el sueldo, pero también la edad, la salud, la educación, la fuerza o la debilidad del espíritu. Moverse es el único sentido indemne. La sociedad contemporánea se muestra particularmente inextricable en el tiempo del ocio. Las lecciones aprendidas, las variables analíticas dispuestas, toda la vasta sociología al uso fracasa aquí. Las gentes se preguntan todavía qué hace esa inmensa marea humana fraguando estrategias de diversión y desentendimiento en medio de la crisis, tan profunda. Esa pregunta es ya muy retórica. La crisis no puede afectar al ocio, porque el ocio, simplemente, ocupa ya la mayor parte de la vida. Es el trabajo, y no el ocio, la *torna* de la vida. Añádase a ello la inconsistencia de la idea del futuro: el *carpe diem* no es una opción moral, sino una mera obligación que dicta la supervivencia. Millones de gentes moviéndose entre la fiesta laica de la Constitución y el contrapunto religioso de la Inmaculada: primero de mes, dinero fresco, expectativa de un calendario navideño no demasiado propicio para puentes o *acueductos*... Todo eso son razones muy secundarias. La urgencia del movimiento, la frenética necesidad de ser alguien moviéndose, es la razón que importa. Nos auguraban un final de siglo cerrado, íntimo, de cintas de video y ciudades desiertas, con miles de ventanas iluminadas y humanos mutantes que habrían generado dedos muy largos y piernas muy cortas: del *Homo domesticus* sólo se movían los dedos que pulsaban los diversos ingenios electrónicos. Ignoro cuál es el estado de concreción de esa utopía apocalíptica en Vancouver. Pero las gentes de este pequeño *rodal* mediterráneo nunca habían pateado la vida con tanta voracidad y desparpajo. Puede que el mundo se acabe, pero nos va a coger caminando.